

RESUMEN COMPLETO

Fedón

de Platón

La lámpara encendida

El último día de Sócrates

El Fedón es uno de los diálogos más hermosos de Platón. Cuenta el último día de Sócrates, en la cárcel de Atenas, antes de beber la cicuta. Si la Apología era el juicio, el Fedón es la despedida. Y durante esas últimas horas, Sócrates y sus amigos hablan de una sola cosa: si el alma sobrevive a la muerte.

La historia la cuenta Fedón, un joven discípulo que estuvo presente, a un amigo llamado Equecrates, que vive lejos de Atenas y quiere saber cómo murió el maestro.

El barco de Delos

Equecrates pregunta primero por qué pasó tanto tiempo entre el juicio y la muerte. Fedón se lo explica. Cada año, los atenienses envían un barco sagrado a la isla de Delos, en recuerdo de la hazaña de Teseo, que salvó a los jóvenes de Atenas del Minotauro. Mientras el barco está de viaje, la ciudad debe permanecer pura, y no se puede ejecutar a nadie. La víspera del juicio de Sócrates se había coronado la popa del barco. Por eso, Sócrates pasó bastante tiempo en la cárcel, recibiendo cada día a sus amigos.

La mañana en la cárcel

El día en que llegó el barco, los amigos se reunieron muy temprano. Al entrar, encontraron a Sócrates, al que acababan de quitar los grillos, y a su mujer, Jantipa, con uno de sus hijos en brazos. Al verlos, Jantipa empezó a lamentarse. Sócrates pidió con calma que la llevaran a casa.

Fedón cuenta que aquel día sentía una mezcla extraña: no tenía la compasión que se siente ante la muerte de un amigo, porque Sócrates parecía feliz; pero tampoco el placer de las conversaciones filosóficas. Todos los presentes pasaban de la risa al llanto. Sobre todo Apolodoro, que no podía contenerse.

Estaban allí Critón, su viejo amigo, y dos jóvenes extranjeros, Simmias y Cebes, que serán los que más hablen con Sócrates. Platón no estaba: Fedón dice que estaba enfermo.

El placer y el dolor

Sócrates, sentado en la cama, se frota la pierna, donde le apretaban los grillos. Y comenta qué cosa tan curiosa es el placer: nunca está junto al dolor, pero cuando se siente uno, enseguida viene el otro, como si estuvieran atados. Si Esopo lo hubiera pensado, dice, habría escrito una fábula: Dios quiso reconciliar a esos dos enemigos, y como no pudo, los ató por la cabeza.

Cebes le pregunta por qué, en la cárcel, se ha puesto a escribir poemas, poniendo en verso las fábulas de Esopo. Sócrates explica que durante toda su vida tuvo un sueño que se repetía y que le decía que se dedicara a la música. Él creía que la filosofía era la música más alta. Pero, por si acaso el sueño hablaba de la música en sentido corriente, prefirió cumplirlo antes de morir.

El filósofo no teme a la muerte

Entonces empieza la conversación de fondo. Sócrates dice que un verdadero filósofo debe recibir la muerte con alegría. Cebes y Simmias se sorprenden. ¿No es eso como desear la muerte?

Sócrates lo explica. ¿Qué es la muerte? Es la separación del alma y del cuerpo. Y ¿qué hace el filósofo toda su vida? Intenta separar el alma del cuerpo: no dejarse dominar por los placeres de la comida, de la bebida o del amor, ni por la riqueza ni por los honores. El cuerpo, con sus necesidades, sus enfermedades y sus pasiones, nos impide ver la verdad. Solo con el pensamiento puro se alcanza lo verdaderamente real: la justicia, la belleza, el bien en sí mismos.

Por eso, dice Sócrates, la vida del filósofo es un aprendizaje de la muerte. Sería ridículo que, después de prepararse toda la vida, se asustara cuando por fin llega. Él va con la esperanza de encontrarse, al otro lado, con dioses buenos y con hombres mejores que los de aquí.

¿Y si el alma se disipa?

Pero Cebes le plantea una duda que tiene mucha gente. ¿Y si, al salir del cuerpo, el alma se disipa como el humo, y deja de existir? Habría que demostrar que el alma sigue viviendo después de la muerte, y que conserva su fuerza y su inteligencia.

Sócrates acepta el reto. Y durante el resto del día, va a ofrecer varias pruebas.

Primera prueba: los contrarios

La primera se basa en los contrarios. Todo lo que nace, nace de su contrario. Lo grande viene de lo pequeño, lo caliente de lo frío, el despertar del sueño, y el sueño del despertar. Si de la vida viene la muerte, de la muerte tiene que venir la vida. Si todo fuera en una sola dirección, al final todo estaría muerto. Por tanto, las almas de

los muertos tienen que existir en algún lugar, desde donde vuelven a nacer.

Segunda prueba: recordar

Cebes recuerda entonces otra idea que Sócrates suele repetir: que aprender es recordar. Sócrates la desarrolla. Cuando vemos dos maderas iguales, pensamos en la igualdad. Pero las maderas nunca son perfectamente iguales. ¿De dónde sacamos entonces la idea de la igualdad perfecta, si nunca la hemos visto? La teníamos antes. Al ver las cosas imperfectas, recordamos algo que conocíamos de antes de nacer.

Igual que, al ver la lira de un amigo, nos acordamos de él. Así, al ver cosas bellas, recordamos la belleza misma. Luego el alma existía antes de nacer.

Tercera prueba: lo invisible

Simmias y Cebes aceptan que el alma existía antes, pero no está claro que exista después. Sócrates añade otra razón. Hay dos clases de cosas: las visibles, que cambian y se descomponen, y las invisibles, que son siempre iguales. El cuerpo se parece a las primeras. El alma, a las segundas: es invisible, piensa lo eterno, y está hecha para gobernar al cuerpo, como lo divino. Por eso, no es lógico que se disuelva en el momento de la muerte.

Y añade que las almas que han vivido pegadas al cuerpo, a sus placeres, se quedan como manchadas, arrastradas por lo material, y vagan alrededor de las tumbas. Las de los que han amado la sabiduría se van, libres, hacia lo divino.

El canto del cisne

Hay un largo silencio. Simmias y Cebes cuchichean entre ellos. No se atreven a hacer objeciones, por miedo a disgustar a Sócrates en un momento así. Él se ríe y les dice que no lo tengan por inferior a los cisnes. Los cisnes, cuando sienten que van a morir, cantan más y mejor que nunca, no de tristeza, sino de alegría, porque van a reunirse con el dios Apolo, al que sirven. Él también sirve al mismo dios. Así que pueden preguntarle lo que quieran.

Las dos objeciones

Simmias habla primero. El alma podría ser como la armonía de una lira. La armonía es invisible, bella y divina, mientras la lira es material. Pero si se rompe la lira, la armonía desaparece antes que la madera. Quizá el alma es la armonía del cuerpo, y muere con él.

Cebes propone otra comparación. Imaginemos a un viejo tejedor que ha usado muchos trajes a lo largo de su vida. Cuando muere, el último traje que tejió le sobrevive. Eso no prueba que el tejedor sea menos duradero que un traje. El alma podría desgastar muchos cuerpos, uno tras otro, y aun así acabar muriendo con el último.

El peligro de odiar los razonamientos

Fedón cuenta que, al oír esas objeciones, todos se desanimaron. Habían quedado convencidos, y ahora volvían a dudar. Sócrates, acariciando el pelo del joven Fedón, le advierte de un peligro: el de convertirse en enemigo de los razonamientos, como hay quien se vuelve enemigo de los hombres después de que lo engañen muchas veces.

El problema no es la razón, sino nuestra torpeza para usarla. Hay que seguir buscando con valor.

Responde a Simmias: el alma no puede ser una armonía, porque la armonía obedece a las cuerdas, y el alma, en cambio, gobierna al cuerpo y se opone muchas veces a sus deseos.

Las ideas

Para responder a Cebes, Sócrates cuenta su propia historia. De joven le apasionaba la ciencia de la naturaleza. Quería saber por qué nacen y mueren las cosas. Un día leyó que el filósofo Anaxágoras decía que la inteligencia lo ordenaba todo. Se ilusionó, pero se llevó una decepción: Anaxágoras seguía explicándolo todo con aire, agua y éter. Sería como decir que Sócrates está en la cárcel porque tiene huesos y músculos, y no porque ha decidido que es más justo quedarse que huir.

Así llegó a su gran idea: las cosas son bellas porque participan de la Belleza en sí; son grandes porque participan de la Grandeza. Y los contrarios no se admiten nunca. Lo que participa de la idea del fuego no puede admitir el frío. Y el alma, que lleva siempre consigo la vida, no puede admitir su contrario, que es la muerte. Por eso, cuando llega la muerte, el alma no muere: se retira, intacta.

El mito de la tierra verdadera

Si el alma es inmortal, dice Sócrates, debemos cuidarla, no solo para esta vida, sino para siempre. Y cuenta un mito sobre lo que les espera a las almas.

Nosotros vivimos, dice, en un hueco de la tierra, como ranas alrededor de un charco, y creemos que estamos en la superficie. Pero arriba, en la verdadera tierra, todo es más puro y más bello: los colores son más vivos, las montañas brillan como piedras preciosas, y los hombres viven más cerca de los dioses.

Debajo, en las entrañas de la tierra, corren ríos inmensos, de agua, de fuego y de barro, que desembocan en el abismo más profundo, el Tártaro. Allí son juzgadas las almas. Las que han vivido una vida normal se purifican en la laguna Aquerusia. Las que han cometido crímenes terribles son arrojadas al Tártaro. Y las que han vivido con santidad suben a la tierra pura, y las de los filósofos, a moradas todavía más hermosas.

Sócrates reconoce que no se puede asegurar que todo sea exactamente así. Pero vale la pena correr el riesgo de creerlo. Es un hermoso riesgo.

La cicuta

Ya era tarde. Sócrates dijo que iba a bañarse antes de beber el veneno, para ahorrar a las mujeres el trabajo de lavar su cuerpo. Critón le preguntó cómo querían que lo enterraran. Sócrates sonrió: como queráis, si es que lográis atraparme. Critón confunde al verdadero Sócrates con el cadáver que verá dentro de poco.

Se despidió de sus hijos y de las mujeres de su familia, y volvió con sus amigos. Llegó el servidor de los once magistrados, que venía a anunciarle la hora. El hombre lloraba: dijo que Sócrates había sido el más noble y el más bueno de todos los que habían pasado por aquella cárcel.

Critón le pidió que esperara un poco, que el sol aún estaba sobre los montes. Pero Sócrates dijo que no ganaría nada aferrándose a la vida unos minutos más. Le trajeron la copa. Preguntó qué tenía que hacer. Pasear hasta que le pesaran las piernas, y luego acostarse. Bebió tranquilo, sin cambiar de color.

Sus amigos rompieron a llorar. Él les riñó con dulzura: había despedido a las mujeres para evitar precisamente eso. Paseó, se acostó. El frío le subió desde los pies. Antes de que llegara al corazón, se destapó la cara y dijo sus últimas palabras: Critón, debemos un gallo a Esculapio; no te olvides de pagar esta deuda.

Poco después murió. Critón le cerró los ojos y la boca. Y Fedón termina con estas palabras: así fue el fin de nuestro amigo, el mejor de los hombres que hemos conocido en nuestro tiempo, el más sabio y el más justo.

Un diálogo para despedirse

El Fedón ha acompañado a lectores de todas las épocas en el momento de pensar en la muerte. No por sus pruebas, que los filósofos siguen discutiendo, sino por la serenidad de un hombre que, a punto de morir, sigue conversando con sus amigos, bromea, consuela, y vive hasta el último instante de acuerdo con lo que pensaba.

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.